

PORCELANA ORIENTAL EN LA NUEVA ESPAÑA

GONZALO LOPEZ CERVANTES

Como es sabido, en el transcurso del período colonial llegaron a la Nueva España múltiples artículos de Oriente por la vía del galeón de Filipinas, que anualmente arribaba al puerto de Acapulco, para su distribución entre diversas localidades del virreinato. Así, en el material arqueológico procedente de las excavaciones de rescate durante la construcción del STC (Metro), en la ciudad de México, se logró identificar un grupo de tientos de manufactura oriental que presentamos en este breve trabajo y cuya descripción proporcionaremos al final.

Se ha de advertir que las implicaciones culturales de dicho material rebasan en absoluto el escenario de la capital novohispana; de esta manera sólo se pretende establecer un marco de referencia general, que pueda ser aprovechable en investigaciones futuras, dado que los estudios sobre este tipo de cerámica —tanto documentales como arqueológicos— se encuentran en un estado incipiente y todavía existen diversos aspectos por dilucidar, como se verá.

Resta decir que la presente clasificación de tientos orientales, fue lograda con la estimable colaboración del doctor Tsugio Mikami, profesor emérito de la Universidad de Tokio.

1. Breve reseña histórica de la porcelana

En términos generales, podemos dividir la porcelana (Roura, *s/f*: 246) en 2 grupos:

1) de pasta dura: compuesta de caolín, cuarzo y feldespato, cuya temperatura de cocción puede llegar a más de 1400°C.

2) de pasta blanda: composición variable, cuya temperatura de cocción es inferior a los 1300°C.

De ordinario, las piezas pasan por una doble cochura, realizándose la primera a una temperatura de 800°C (aproximadamente), o sea el llamado “bizcocho”, y la segunda se efectúa para el decorado y lograr la vitrificación. Así la porcelana presenta una masa de aspecto homogéneo, blanco, vitrificado y traslúcido; su fractura es en forma de “con-

cha”, la cual pone de manifiesto una pasta muy fina (*Ibid*: 246—249; Massara, 1972: 172).

Como un ejemplo del primer grupo mencionaremos las piezas chinas, que tenían como componentes: caolín, o sea arcilla pura, y el llamado *petuntse* —versión europea de la palabra *pai-tun-tzu*—, mismo que designaba a un cuarzo; de este modo se le proporcionaba traslucidez al producto acabado. En otras palabras, los ceramistas chinos emplearon caolín como materia prima básica y el indicado *petuntse* como fundente (*Tait*, 1966: 7; *Boulay*, 1973: 8). En cuanto al segundo grupo, recordaremos que las piezas de la fábrica de Sévres, fundada en el siglo XVIII en Francia, tenían como elementos agregados a su materia prima: yeso, alumbre y sosa (*Tait*, *op cit*: 36). En Inglaterra, a mediados de la misma centuria se desarrolló la denominada “porcelana fosfática”, es decir, en la que se utilizó como fundente el fosfato cálcico obtenido de huesos molidos de perro y de buey (*Serrano*, *s/f*: 8). Asimismo, la manufactura de porcelana propiciada por los Médicis de Florencia hacia fines del siglo XVI, tuvo una composición a base de arena blanca, vidrio molido y probablemente caolín (*Tait*, *op cit*: 9).

Por otra parte, es conveniente acotar que la cerámica vidriada se inició en China bajo la dinastía Han (206 aC—221 dC) y que a estos productos se les ha incluido en el período denominado Proto-porcelana (*Savage*, 1969: 305). Quizá dichas piezas fueron elaboradas a una temperatura inferior a 1300°C. En posteriores centurias fueron refinándose gradualmente las técnicas y vinculándose al descubrimiento de yacimientos caolínicos; se originó la producción de verdadera porcelana, al parecer iniciada durante la dinastía T'ang (618—906 dC) (*Boulay*, *op cit*: 8). Los colores utilizados en esta época fueron principalmente el café, azul, verde y anaranjado. En cuanto a los motivos decorativos característicos, sobresalieron las flores de loto, dragones y aves fantásticas; también fueron comunes las esculturas con representación zoomorfa y an-

tropomorfa (*Ibid: 15-20*). La principal fábrica durante la mencionada dinastía estuvo localizada en Shanlin-Hu, la cual gozó de patronazgo imperial. Además, se tiene noticia de que bajo los emperadores T'ang algunas piezas de porcelana se utilizaron como ofrenda mortuoria (*Ibid: 20*); de igual modo se ha sugerido que el aumento de la producción cerámica desde esta época fue debido a la creciente popularidad del consumo de té (*Massara, op cit: 65*).

Por los años de la dinastía Sung (960-1279 dC), comenzó a manufacturarse la porcelana denominada "celadón", cuya característica fundamental es la escisión practicada previamente a la vitrificación de la pieza; al igual se le aplicaba un baño integral de color café o verde (*Boulay, op cit: 20*). Hacia el siglo XII, destacó la fábrica ubicada en el palacio de Hang-Chow, pero fue clausurada con motivo de la invasión mongola. En particular, la porcelana celadón se continuó decorando con los motivos iniciados en la época Sung (*Ibid: 22-27*).

Durante la dinastía mongola de los Yuan (1279-1368 dC), se introdujeron nuevas técnicas y modalidades decorativas; la más importante de éstas fue el empleo del azul de cobalto, al que frecuentemente se unía el color rojo (*Ibid: 27*). En ese tiempo empezó a tomar relevancia la fábrica de Ching-te-chen, situada en la provincia de Kiang-si. Al igual que las anteriores, esta fábrica disfrutó del patronazgo imperial hasta el año 1912 (*Ibid: 29*). La actividad de sus hornos fue enorme, dado que desde sus comienzos la corte imperial china consumía por sí sola centenares de piezas, destinadas, entre otras cosas, a la ornamentación de jardines, mesas y estancias (*Massara, op cit: 65*). Por otro lado, conviene tener en cuenta la producción exportada a Egipto, Siria y Turquía, desde fines del siglo XIII (*Tait, op cit: 7-8*), y al respecto recordaremos la voluminosa colección de porcelanas —en especial de los siglos XIV a XVII— que custodia el Museo Topkapy Sarayim de la ciudad de Estambul, desafortunadamente poco estudiada.

En el transcurso de la dinastía Ming (1368-1644 dC), aparecieron nuevas formas y elaborados diseños. La mencionada fábrica de Ching-te-chen llegó a colocarse como el máximo centro de manufactura; además, se solía dibujar en el asiento de las piezas un monograma que garantizaba su procedencia.

La porcelana Ming ostentó como característica decorativa los motivos en azul de cobalto sobre el propio fondo blanco de ésta. De la misma manera, otras particularidades fueron: piezas decoradas con

un baño integral de color rojo, denominadas genéricamente "sangre de buey"; esculturas no decoradas, es decir, totalmente blancas, representando a Buda y a la diosa Kuan Yin, considerada como reencarnación del primero (*Boulay, op cit: 30-38*). Señalaremos, a modo de dato interesante, que a raíz de la predicación del cristianismo por los jesuitas en China, cuya Orden se estableció a fines del siglo XVI, la representación de la diosa Kuan Yin adquirió en forma sutil y paulatina la apariencia de la Virgen María europea (*Ibid: 42*). Por último, es apropiado destacar la porcelana llamada "de los cinco colores", siendo éstos: rojo, verde, amarillo, azul y púrpura; esta porcelana tuvo su apogeo desde la época del emperador Ch'eng Hua (1465-1487) hasta el reinado de Wan Li (1572-1620). En relación a los productos no imperiales o provincianos, bástenos signar la porcelana *Swatow*, caracterizada por presentar adherencia de arena en su base; el lugar de su manufactura aún es discutido; sin embargo, quizá fue en la localidad de Shih-ma, provincia de Fukien (*Ibid: 51*), donde se elaboró.

A continuación ajustaremos la secuencia de emperadores Ming (*Savage, 1969: 305-306*):

Hung Wu	1368-1393	Chien Wen	1399-1402
Yung Lo	1403-1424	Hung Hsi	1425
Hsuan Te	1426-1435	Cheng T'ung	1436-1457
T'ien Shun	1457-1464	Ch'eng Hua	1465-1487
Hung Chih	1488-1505	Cheng te	1506-1521
Chia Ching	1522-1566	Lung Ch'ing	1567-1572
Wan Li	1573-1619	T'ai Ch'ang	1620
T'ien Ch'i	1621-1627	Chung Cheng	1643-1628

Sucesores de la anterior dinastía fueron los emperadores Ch'ing (1644-1912), nombre tomado de los Manchús conquistadores. Como mencionamos, la fábrica de Ching-te-chen continuó bajo el patrocinio real, y en cuanto a su organización o métodos de manufactura, afortunadamente existen descripciones detalladas en las cartas del jesuita d'Entrecolles —testigo presencial— enviadas al padre Orvy, quien radicaba en París. Dichas epístolas fueron fechadas desde el año 1712 a 1722 y de su texto se trasluce la profusa actividad de los hornos de dicha fábrica por esa época, lo cual equivale a una incipiente producción masiva (*Boulay, op cit: 53*).

Las piezas Ch'ing siguieron la tradición, aunque a principios del siglo XVIII se desarrollaron las porcelanas policromas denominadas: "familia verde",

“familia rosa”, “familia negra” y “familia amarilla” las cuales fueron muy apreciadas en Europa. También aparecieron nuevas formas, como los vasos de silueta hexagonal y octagonal. De ordinario, las decoraciones representaron escenas costumbristas, vistas acuáticas y perspectivas arquitectónicas.

En las piezas decoradas con azul de cobalto, se trató de imitar el estilo y los motivos Ming. En cuanto a las figurillas características de este período, fueron los “leones budistas”, así como diversas aves (*Ibid.*: 58-62).

En el transcurso del siglo XVIII, y en particular bajo el reinado de Ch’ien-lung, los pedidos del extranjero aumentaron considerablemente, y las piezas fueron decoradas con las insignias personales del solicitante, o bien con escenas “a la europea”, esto es, carreras de caballos, cacerías, e incluso con vistas del palacio de Versalles, los jardines Vauxhall o Don Quijote armado y conduciendo su caballo. Para los encargos especiales se enviaban desde Europa los modelos —generalmente en mayólica o en plata—, para ser copiados en porcelana. Ahora bien, los ceramistas chinos reprodujeron todo aquello que se les mandaba; sin embargo, jamás tuvieron idea del significado de las decoraciones ejecutadas en tales piezas de encargo, por lo que muchas veces cometieron errores (*Ibid.*: 92).

La decoración monocroma también floreció durante la dinastía Ch’ing; la más común fue la llamada “Lang-Yac”, que presenta un baño de color rojo. En realidad éstas piezas representan una continuación de la citada porcelana “sangre de buey”, iniciada en la época Ming. De igual modo, en numerosos servicios de mesa destinados a la exportación se copiaron elementos decorativos de la cerámica Sung, especialmente en las vajillas denominadas *Ju*, *Ko* y *Kuan*. Además, los talleres del período que nos ocupa siguieron produciendo la apreciada “celadón”, misma que nunca pasó de moda, quizá debido a su copiosa demanda (*Ibid.*: 66-70).

Por otra parte, es de interés subrayar que bajo el gobierno del emperador Ch’ien-lung (1736-1795) surgieron ciertas piezas decoradas con motivos cristianos, conocidas como “porcelanas jesuitas”; de tal suerte, los ceramistas chinos realizaron interpretaciones de La Crucifixión o La Asunción de la Virgen y, dicho sea de paso, por esos años las iglesias de esta Orden fueron clausuradas y los monjes ejecutados o hechos prisioneros (*Ibid.*: 86).

Finalmente, mencionaremos a los emperadores integrantes de la dinastía Ch’ing:

Shun—chi	1644—1661	K’ang—hsi	1662
Yung—cheng	1723—1735	Ch’ien—lung	1736—1795
Chia—ch’ing	1796—1820	Tao—Kaung	1821—1850
Hsien—feng	1851—1861	T’ung—chin	1862—1873
Kaung—hsu	1874—1907	Hsuan—t’ung	1908—1912

En lo tocante a la porcelana japonesa, como es sabido, fue desarrollada hasta principios del siglo XVII (*Trubner*, 1972: 18), justamente por un ceramista coreano llamado Ri Sampei, quien emigró al Japón por esos años. Así, en 1616 descubrió yacimientos de caolín en Izumiyana, localidad cercana al poblado de Arita, en la antigua provincia de Hezin (*Ibid.*: 32). Luego de esta fase inicial, hacia el año 1643, el artesano Sakaida Kakiemon aprendió la técnica de los ceramistas chinos establecidos por ese tiempo en el puerto de Nagasaki (*Ibid.*: 33). De esta manera surgió la industria japonesa y, aunque nunca alcanzó el nivel de producción masiva de los hornos de Ching-te-chen, sus piezas también gozaron de gran demanda en Europa (*Ibid.*: 18), al punto que en el año 1646 zarparon del indicado puerto los primeros barcos con productos destinados a diversos mercados europeos (*Massara*, *op cit.*: 33), demanda que fue cubierta por medio de la Compañía Holandesa de Indias Orientales (Vereneigde Oostindische Companie). El principal tipo de porcelana exportada fue en especial la *Ko Imari* (*Trubner*, *op cit.*: 33), y en vista del lucrativo mercado impulsado por ésta, se le imitó copiosamente en China (*Boulay*, *op cit.*: 69).

Por otra parte, es interesante mencionar que hasta el siglo X dC se introdujeron en las islas Filipinas los primeros objetos de porcelana china, mismos que desplazaron paulatinamente a las vasijas de madera y coco utilizadas hasta ese momento (*Roxas Lim* 1966: 229), pues dicha cerámica no afectaba el sabor de los alimentos, e incluso, según la creencia de esa época, los nuevos recipientes podían detectar la comida envenenada. Peculiarmente, el mismo concepto fue común en Europa durante los siglos XVI y XVII (*Ibid.*: 229). En realidad, este tipo de cerámica sí presenta alteraciones al contacto con sustancias alcalino-cáusticas (*Massara*, *op cit.*: 112).

Es propio señalar que los naturales del archipiélago filipino consideraban la posesión de vajillas chinas como símbolo de riqueza y elevado *status* social. Asimismo, ciertas piezas fueron destinadas a fungir de instrumentos de percusión en algunas ceremonias, para lo cual se utilizaban palos o con-

chas a modo de percutores; otras fueron empleadas como obsequio matrimonial, e inclusive como ofrenda mortuoria, según comprueban las tumbas excavadas en Calatagan y Batangas, donde aparecieron vasijas colocadas de manera invertida sobre diversos puntos del cadáver, entre otros sobre el tórax, pubis y pies (*Roxas Lim, op cit: 231-236*).

Desafortunadamente, la cronología de este material en Filipinas no ha sido esclarecida, al punto que no se han distinguido con seguridad las piezas de origen chino de las de procedencia coreana o de las manufacturadas localmente (*Ibid: 226-227*).

Por otra parte, debido a la insuficiencia documental, no sabemos con certeza cuándo llegaron a Europa las primeras piezas de porcelana; quizá fueron viajeros del Medio Oriente los iniciales introductores. En el siglo XIV dC ya eran conocidas, pues cabalmente en inventarios de pertenencias del duque de Normandía (año de 1363) y del duque de Berry (año de 1416) se les menciona (*Tait, op cit: 7*). Hacia la segunda mitad del siglo XV, los sultanes de Egipto regalaron varios objetos de este tipo al dogo Pasquale Malipiero, de Venecia, así como a Lorenzo de Médicis, de Florencia. De igual modo, habíamos mencionado que por el año 1575 Cosme de Médicis propició su manufactura en dicha ciudad bajo la dirección de Bernardo Buotalenti (*Ibid: 8-9*). Estos productos trataron de imitar los motivos decorativos de las piezas Ming y fueron decorados con azul de cobalto; otros se ornamentaron con elementos renacentistas, es decir, a base de grutescos, y en algunos casos se anexaron aplicaciones metálicas (*Ibid: 10*).

Como se sabe, los primeros comerciantes occidentales que inauguraron el vínculo con Oriente fueron los portugueses, quienes se establecieron en Goa y Malaca a principios del siglo XVI, realizándose a la vez los iniciales encargos europeos a las fábricas chinas. De esta suerte, se tiene noticia de algunas piezas decoradas con emblemas del rey Manuel de Portugal, o bien, con nombres de gobernadores, por ejemplo, Pedro de Faria y Jorge Alvarez, fechadas en 1541 y 1557 respectivamente (*Boulay, op cit: 78*).

La porcelana exportada a Europa por ese tiempo resultaba de elevado costo; además fue común la costumbre de adicionarle montaduras de plata, cotizándose aún más. Acaso lo anterior contribuyó a que los ceramistas portugueses trataran de imitarla, así como también los de Delft, Holanda, cuya producción de mayólica a principios del siglo XVII mostró un marcado repertorio oriental (*Ibid: 39*).

Es oportuno registrar la anexión de Portugal a España bajo el gobierno de Felipe II, en el año 1580; por lo tanto, los holandeses no pudieron obtener directamente las especias y otras mercancías de Oriente, las cuales acostumbraban comprar en el puerto de Lisboa, vedado a ellos desde tal fecha. Consecuentemente, a principios del siglo XVII se formó la mencionada Compañía Holandesa de las Indias Orientales con el propósito de comerciar sin intermediarios, siendo su base la ciudad de Batavia—hoy Jakarta, capital de Indonesia—. Así, los holandeses suplantaron con el tiempo a Portugal en este comercio tan lucrativo, e incluso se establecieron en Formosa, donde comerciaron con Japón y numerosos pueblos de la costa china (*Henrisse, 1972: 49*). En la primera mitad de la misma centuria, los ingleses crearon una compañía idéntica. De esta forma, iniciaron su comercio directo con China (*Boulay, op cit: 79*).

Cabe destacar que a mediados del siglo XVIII gran parte de Europa producía porcelana; además, en Inglaterra dichas manufacturas fueron creadas por hombres de negocios, o sea con propósitos exclusivamente comerciales (*Tait, op cit: 31*), como reflejo de la gran industria lograda a razón de esfuerzo espontáneo y en respuesta a los monopolios sostenidos por la monarquía de los Estuardo (*Henrisse, op cit: 103*). De esa manera, la importación de cerámica oriental, si bien fue altísima entre 1760 y 1780, comenzó a decaer debido a la competencia de los productos europeos, especialmente ingleses, pues a partir de esos años empezaron a conquistar mercados internacionales (*Boulay, op cit: 75*) como resultado de la supremacía marítima alcanzada por Inglaterra, y por ende, el desarrollo de su comercio exterior, aunado a la facilidad de intercambio o liberación comercial, lograda en las postrimerías de dicho siglo (*Henrisse, op cit: 73-85*).

2. Porcelana oriental en la Nueva España

En realidad, la dispersión de esta cerámica durante el período colonial en el amplio territorio novohispano, aún requiere una verificación arqueológica; sin embargo, sabemos por ejemplo que John Goggin (1968: 98) localizó algunos tiestos análogos en excavaciones realizadas en el antiguo convento de Huejotzingo, Estado de Puebla, los cuales fueron fechados desde fines del siglo XVI a la segunda mitad del XVII (*Ibid: 97*). Asimismo, es interesante

mencionar el trabajo de Paul Chace (1969: 39-44), quien identificó algunos fragmentos similares, aunque más tardíos, dentro del material arqueológico procedente de un sitio llamado Ciénaga, en la Alta California.

Por otro lado, en lo referente a la influencia oriental sobre la cerámica poblana, conviene recordar que fue expresada primeramente por Barber (1908: 46), ceramista de Filadelfia, quien designó un estilo "chino", fechado de 1650 a 1800. De igual manera, Hoffmann (1922) destaca que la mencionada influencia no se realizó directamente de China a la Nueva España, es decir, vía Filipinas, sino de Oriente pasó a España y de ésta al virreinato durante el siglo XVII. De cualquier suerte, en otro apartado acotamos la fuerte influencia oriental en los motivos decorativos de diversas mayólicas europeas, en especial durante esa centuria, en la cual, como también se puntualizó, la importación de artículos asiáticos empezó a gozar de enorme demanda en diversos mercados de Europa; pero no olvidemos el florecimiento del comercio novohispano con Filipinas por ese tiempo. Por lo tanto, es más viable admitir que los motivos "chinescos" de algunas mayólicas coloniales, débense precisamente a ese comercio en contraposición a lo propuesto por Hoffmann; además éstos fueron mucho más notables en las piezas elaboradas durante el siglo XVIII (Obregón, 1971: 92), e incluso, algún locero poblano de ese tiempo reprodujo ciertas piezas chinas como las denominadas "perro de Fo" (Ibid: 92). De la misma manera, en la obra de Cervantes (1939, I: 191) se ilustran diversos ejemplares fechados por este autor hacia mediados de la indicada centuria, en los cuales es evidente la interpretación novohispana del decorado de dicha porcelana importada.

Por igual, la influencia de Oriente fue tangible en algunas formas, siendo el tabor quizá la más reproducida. En ellos solía guardarse chocolate, canela, vainilla y otros productos aromáticos; además fue común adicionarles una base y tapadera metálica, o bien se les proveía de cerradura (Ibid: 159).

Vinculados a lo anterior, sabemos que hacia el año 1760, en un escrito presentado al virrey por Manuel Caro y del Castillo, se anotó: "...que su parte fue invento de la loza que imita a la de China y la fábrica perfecta, que ninguno de los más instruidos podrá distinguir la suya de la de China y la del Japón, tan celebrada como en público y notorio no sólo en la Puebla y lugares de su Obispado, sino en ésta ciudad (México) y en las del Reino. . ." (Ordenanzas, Vol II, Fol (1) 305v, Archivo General

de la Nación; Cervantes, *op cit*, I: 42). También, desde el año 1682 se acotó en las Ordenanzas de loceros: "...deben ser sus pinturas contrahaciendo a las de China de muy subido azul labrado asimismo y relajado. . ." (Ibid: 159).

Por otra parte, si bien ajustamos que esta influencia oriental fue resultado del comercio con Filipinas, no eliminaremos el hecho de que varios artesanos de origen asiático se establecieron en el virreinato. Así pues, probablemente dicha influencia se vio enriquecida de modo más directo. Según Cervantes, hacia finales del siglo XVII algunos pintores chinos estuvieron trabajando en locerías poblanas (Ibid: 159).

Referente a las vajillas hechas por "pedido", cabe destacar que en las postrimerías del siglo XVIII, ciertas familias novohispanas encargaron servicios completos de mesa, los cuales fueron decorados con sus respectivos escudos de armas, monogramas o simples diseños convencionales (Romero de Terreros, 1937: 137). De hecho, se tiene noticia de aproximadamente 20 vajillas ejecutadas en forma (Obregón, *op cit*: 90), en particular para las familias: Gálvez y Agreda, Haedo, Cervantes, Selva Nevada, y Cortina (Romero de Terreros, *op cit*: 137). Es conjeturable que estas piezas procedían de la fábrica de Ching-te-chen; de ahí eran transportadas en blanco a Cantón para su decorado, en base a los diseños enviados desde la Nueva España por conducto de comerciantes filipinos (Ibid: 138). Igualmente, algunas corporaciones civiles y religiosas del virreinato aprovecharon la Jura de Carlos IV como rey de España —por los años 1789-1791—, para encargar vajillas completas y distribuir sus piezas entre personas prominentes, en recuerdo de la ceremonia de coronación (Ibid: 133-134). En el año 1791, el alférez real de Valladolid —hoy Morelia—, José Bernardo de Foncerrada, mandó hacer una vajilla con el escudo de esa ciudad, con el fin de honrar al nuevo monarca español (Garabana, 1971: 66); otros encargos similares realizaron los Ayuntamientos y Cabildos de las ciudades de Puebla y San Miguel el Grande —hoy de Allende—, así como el Real Tribunal de Minería y la Real y Pontificia Universidad de la capital de virreinato (Romero de Terreros, *op cit*: 139).

Quizá los pedidos se recibieron en el mercado llamado Parián —al igual que en el barrio chino de Manila—, creado en las postrimerías del siglo XVII en la Plaza Mayor de la ciudad de México, donde se albergaron los comerciantes después del motín acontecido por el año 1692 (Castelló, 1970: 13), y,

desde 1712, ahí se vendían las mercancías transportadas anualmente en el galeón de Filipinas, a vista de la concesión del virrey Fernando de Alencastre, duque de Linares (*Ibid: 13*). Viene al caso el testimonio de Vieyra, en su famosa crónica *Breve y compendiosa narración de la ciudad de México*, 1777, en la cual leemos: “. . . El Parián que tiene forma de una ciudadela o castillo cuenta con ocho puertas y cuatro calles, con su plaza en medio que es la que llaman el Baratillo grande. Todo por adentro y fuera, son tiendas de todo género de mercancía así de la Europa, como de la China, y de la tierra, con infinita variedad de loza. . .” (*Novo, 1974: 56*). También es propio registrar que en el inventario fechado hacia 1782, del menaje de la casa del conde de Regla, Pedro Romero de Terreros, en esta ciudad, se manifestaron: “. . . 2 tibores de loza de China de más de vara y media de alto. . .” (*Romero de Terreros, 1946: 82*).

Con respecto al siglo XIX, no podemos prescindir de la observación de Brantz Mayer, secretario de la Legación norteamericana en México por los años 1841 a 1842, quien anotó: “. . . alquilamos una casa en la calle de Vergara perteneciente a una exmarquesa. . . en el segundo piso en el que nos alojábamos hay un corredor. . . lleno de naranjos y limoneros y variedad de arbustos con flores, puestos en jarrones de porcelana china antigua y rara, en que se deleitaría cualquier aficionado londinense. . .” (*Mayer, 1953: 72*).

Hemos creído adecuado complementar las anteriores líneas con una breve mención de otros aspectos que muestran tangiblemente el nexo novohispano con Oriente; por ejemplo, en el poblado de Tajimaroa —hoy ciudad de Hidalgo— puede contemplarse una representación en piedra del galeón de Filipinas, en la pila de agua custodiada en el bautisterio del antiguo convento de San Francisco, quizá esculpido hacia fines del siglo XVI (*Garabana, op cit: 66*). Asimismo, en dicho Estado la portada del templo de San Francisco, del poblado de Tarecuato, exhibe varios platos de porcelana china incrustados en la argamasa, al igual que una de las iglesias del poblado de Quiroga, mismos que tal vez fueron un ex voto de algún navegante o viajero (*Ibid: 67*). También recordaremos que durante la Colonia se construyeron unos conjuntos arquitectónicos llamados “ricos”, a base de cerámica fragmentada; de éstos sólo se ha conservado un ejemplar en la casa que perteneció a Isidro Fabela, en la Plaza de San Jacinto, antigua Villa de San Angel, ciudad de México (*Obregón, op cit: 90*).

Finalmente, cabe mencionar los motivos “chinescos” de ciertas bateas en laca polícroma, ejecutados por los hermanos De la Cerda, quienes vivieron en Pátzcuaro hacia mediados del siglo XVIII. De esos trabajos, Francisco de Ajofrín, en su *Diario del viaje que hicimos a México*, 1763, anotó que igualaban en “. . . primor y luestras a los maques de la China. . .” (*Garabana, op cit: 67*).

En lo tocante a las piezas japonesas denominadas *Ko Imari* y *Kakiemor*, aún no podemos asegurar si fueron conocidas en la Nueva España o quizá fueron importadas en volumen reducido, pero si tomamos en consideración que el comercio entre ésta y el Japón jamás fue intenso (*Cruz, 1964: 62*), bien puede fungir como provisional explicación de su ausencia arqueológica en el material analizado.

2.1. Comercio con Oriente. El galeón de Filipinas

El exclusivismo comercial sostenido por España con sus colonias, se manifestó también en la prohibición del intercambio directo entre ésta y casi todas sus posesiones con las islas Filipinas, con excepción de la Nueva España (*Chávez Orozco, 1967: XXVII*). Por lo tanto, si bien esas islas fueron posesión española en el extremo Oriente, de hecho dependieron en múltiples aspectos económicos y culturales de esta última y no de la Metrópoli. Se tiene noticia de la expedición enviada por Hernán Cortés a las Filipinas, capitaneada por Alvaro de Saavedra Cerón en el año 1527, cuyas naves fueron construidas en costas novohispanas del Océano Pacífico (*Cruz, 1962: 7*). Pero con seguridad sabemos que fue hasta el 25 de abril de 1565 cuando desembarcó Miguel López de Legazpi en la isla de Cebú e inmediatamente la tomó como propiedad en nombre del rey Felipe II. De igual manera, fue el propio Legazpi quien trazó la ciudad del Santísimo Nombre de Jesús, resultando así la primera fundación española en Filipinas (*Ibid: 70*).

En relación al importante comercio novohispano con ese archipiélago, y concretamente por la cerámica china, es oportuno aclarar que cuando los hispanos arribaron, ya los isleños mantenían activas relaciones comerciales con China, cuyos comienzos parten desde el año 1372, cuando los emperadores Ming reclamaron pago de tributo a dichas islas (*Roxas Lim, 1966: 222*); así, los españoles encontraron explotable ese comercio filipino con el este de Asia, establecido de larga data. Además, en vista de que existían varias poblaciones de importancia, en particular Manila y Tondo, Legazpi quiso hacer

de la primera el principal asentamiento hispano del archipiélago (*Cruz, op cit: 70*), por ser fácil su defensa, estar localizada en la isla de mayor dimensión (Luzón) y ajustarse como sitio epónimo para desarrollar el tráfico mercantil entre Oriente y la Nueva España, en realidad tomando a ésta como paso hacia la Metrópoli. En supeditación a lo anterior, el gobernante filipino Raja Mora tuvo que ceder el lugar ocupado por Manila, del cual tomaron posesión los españoles el 19 de mayo de 1571. Como es sabido, se trazaron calles y solares en la nueva población, análogamente a las de la ciudad de México, es decir, en forma de "tablero de ajedrez" (*Ibid: 71*).

En lo concerniente a la ruta de retorno, o sea de Oriente a Occidente, fue descubierta en el año 1565 por el fraile agustino Andrés de Urdaneta (*Ibid: 7*), y se eligió el puerto de Acapulco como la terminal americana de dicha línea de navegación (*Alessio Robles, 1948: 45-46*).

De esta suerte, conquistadas las Filipinas por España, hubieron de mandarse provisiones, correos o dinero desde la Metrópoli para sostener al ejército y a la burocracia de la flamante Colonia; pero como la vía del estrecho de Magallanes resultaba demasiado larga y peligrosa, se optó por la ruta del señalado puerto novohispano (*Ibid: 91*). El trayecto descubierto por Urdaneta se empleó sin ninguna variación durante casi 3 siglos, y quizá debido a esta circunstancia los españoles no descubrieron más que algunos de los muchos archipiélagos e islas que prácticamente salpican el Océano Pacífico, por lo cual la mayor parte de ellas toman posesión de otras naciones europeas (*Ibid: 89*).

En el viaje de retorno las naos zarpaban de la bahía de Manila a mediados del mes de julio, lo más a principios de agosto, cuando el monzón sur-oeste se había establecido; sin embargo, en repetidas ocasiones afrontaban los huracanes y tifones que azotan el mar de China, precisamente en esos meses, en los que dicho monzón permitía el paso por los estrechos (*Cruz, op cit: 103*). Asimismo, la navegación entre Manila y Acapulco no podía realizarse directamente, dado el obstáculo de los vientos alisios prevalecientes en una enorme faja hacia los 30° de latitud norte; de tal forma, los galeones se remontaban hacia los 35° para avistar tierra en las costas de la Alta California, frente al canal de Santa Bárbara, y de ahí seguir costeano el litoral hacia el sur, hasta finalmente arribar al puerto de Acapulco (*Ibid: 106; Alessio Robles, op cit: 87*).

Por lo común, antes del final del viaje las naves solían hacer escala en algún puerto de la costa de

Nueva Galicia, de preferencia La Navidad, para dar aviso de su arribo a las autoridades de la ciudad de México. Testimonio de esto se consigna en un escrito del siglo XVII: ". . . martes 11 de enero de 1678, vino correo de Colima de haber echado hombre en tierra la nao de China. . ." (*Robles, 1972, I: 232*).

En lo tocante al tiempo empleado en una travesía, bástenos acotar que el galeón "Santiago" levó anclas en Acapulco el 22 de marzo de 1595 y arribó a Manila el 11 de junio del mismo año, o sea menos de 3 meses. En el año 1610, el "San Francisco" realizó el mismo viaje en 2 meses y 12 días; el "Begoña", en cambio, en su trayecto del año 1718 empleó 4 meses y 24 días, e incluso el "Santísima Trinidad", en 1756, duró en su viaje 5 meses y 6 días (*Cruz, op cit: 100*).

Por lo que respecta a su tonelaje, señalaremos abreviadamente que en el año 1593 los galeones se limitaron a 300 toneladas; en 1614 hasta mil; el "Rosario", cuyo servicio comprendió del año 1746 a 1751, tenía capacidad para 1700 toneladas, y por último, el mencionado "Santísima Trinidad", tomado por los ingleses en 1762, alcanzó las 2 mil (*Ibid: 117*).

Presumiblemente, con el arribo de los galeones a Filipinas llegaban los nuevos pobladores, los gobernantes y religiosos, o bien reales decretos, plata y mercancía. Por ello, lo que significaba la pérdida o el naufragio de uno de ellos fue expresado por fray Juan de la Concepción en su obra *Historia General de Filipinas*, Manila 1788, pues anotó que: ". . . la pérdida de un galeón, trasciende a todos los miembros, maltrata a los españoles e indios, a los ricos y a los pobres, a seglares y a eclesiásticos, es el punto concéntrico de que pende su felicidad o desgracia, su conservación o despojo. . ." (*Cruz: 115*).

En la ciudad de Manila se acumulaban todo género de mercaderías orientales destinadas al Nuevo Mundo y a España, siendo China la principal proveedora (*Castelló, 1970: 27*). Complementario a esto, fray Francisco Colín escribió hacia el año 1663, en su *Labor Evangélica Ministerios Apostólicos de los Obreros de la Compañía de Jesús, fundación en su provincia en las Islas Filipinas*, a propósito de las mercancías recibidas constantemente en dicha ciudad: ". . . las perlas preciosas de la India, los rubíes, zafiros, topacios y canela de Ceylán, las especias de las Molucas, las finas sedas persas, las alfombras de Ormuz y Malabor, el alcanfor de Borneo, De la gran China, sedas y damasco. . . porcelanas y otras riquezas. . ." (*Castelló: 27*).

Anexadas a este tráfico mercantil, hubo cier-

tas reglamentaciones; por ejemplo, no se permitía a ningún español vecindado en Filipinas tener trato directo con China, si no eran los *sangleyes* o chinos los intermediarios mismos que habían formado El Parián, principal mercado de Manila (*Cruz, op cit: 156*); de esa manera, los *sangleyes* esperaban el arribo de las pequeñas embarcaciones procedentes de ese país, transportando los objetos más valiosos de su cargamento (*Ibid: 130*).

El galeón de Filipinas anclaba en el puerto de Acapulco una vez por año, regularmente a fines del mes de diciembre, y emprendía el retorno en los últimos días de marzo, e inclusive en los primeros de abril (*Robles, op cit, I: 95, 122, 280*). En el mes de enero se inauguraba la famosa "feria" de Acapulco, como se le denominaba a la venta de los géneros conducidos por la flota, y cuyo acontecimiento solía prolongarse hasta el 25 de febrero (*Alessio Robles, op cit: 123*), aumentando la población de ese puerto, al parecer de 4 mil personas, hasta 9 mil durante su permanencia (*Ibid: 127*). Es oportuno signar los estudios de Carrera Stampa (1953-1955) en relación a estas celebraciones novohispanas.

Consideramos conveniente abrir un paréntesis para comentar en forma somera algunas características formuladas por Henri Pirenne acerca de las ferias (*nundinae*) celebradas durante el medioevo, en especial hacia el siglo XIII, dado que a nuestro juicio se trasluce cierta similitud con las de la Nueva España. De hecho, el objeto de los mercados locales consiste en abastecer las necesidades cotidianas de la población habitual del lugar donde se celebran, motivo por el cual los mercados son semanales y su radio de atracción es muy limitado, concretándose su actividad a la compra y venta al menudeo. En cambio, las ferias constituyen lugares de reuniones periódicas de los mercaderes de profesión, y sobre todo de intercambios al mayoreo, esforzados en atraer hacia ellos, fuera de toda consideración local, el mayor número posible de hombres y productos; por ende, es imposible celebrar anualmente las ferias más de una vez (*Pirenne, 1970: 76*). En resumen, la feria es un lugar de reuniones periódicas para una lejana clientela (*Ibid: 77*).

El arribo de las naos a la Nueva España y el advenimiento de la feria, estuvo considerado como notable y digno de regocijo. Las iglesias echaban al vuelo sus campanas comunicando la buena nueva y los mercaderes aprontaban sus caudales para realizar magníficas inversiones (*Arcila Farías, 1974, I: 76*). En los diarios de la época leemos: "...miércoles 26 de diciembre 1685, segundo día de Pascua, a las

ocho de la mañana vino nueva de esta amarrada en el puerto (Acapulco) la nao Santa Rosa, y se descubrió el Santísimo en la procesión, y misa, y se cantó el Te Deum Laudamus en la procesión y se acabó antes de las doce con repique. . ." (*Robles, op cit, II: 109*), o bien: "...2 de febrero de 1659, a las ocho de la noche llegó correo a esta ciudad (México) y dio aviso a la catedral, que hizo señal de rogativa y repique y le siguieron todas las iglesias. . ." (*Guijo, 1953, II: 114-115*). De igual modo, en la real cédula de octubre de 1720, se consignó: "...que el arribo de una flota, es celebrado de los mercaderes que llaman de almacén, y son los que hacen empleo de su carga, pero que la mayor parte de ese reino desea con mayor eficacia la nao de China, y que si se dilata su llegada ocasiona clamores y sentimientos. . ." (*Arcila Farías, op cit, I: 44*).

Al efectuarse la feria de Acapulco, parte del cargamento era vendido y distribuido: en la capital del virreinato, en las ciudades de Puebla, en Guadalajara, en Jalapa y en Saltillo; el resto era expedido a España por la vía de Veracruz (*Alessio Robles, op cit: 88*). Además, llegaban mercaderes desde los puertos sudamericanos de Guayaquil y del Callao, anclando sus naves en Puerto Marqués (*Garabana, 1971: 67*).

El 5 de diciembre de 1573 escribía el virrey Martín Enríquez de Almanza al rey Felipe II, notificándole el arribo al puerto de Acapulco, en el mes anterior, de 2 navíos de Filipinas que traían por primera vez al reino "loza y otras brujerías" (*Romero de Terreros, 1937: 134*). En otras palabras, tanto la porcelana como muchos otros artículos orientales fueron conocidos en la Nueva España a partir del último cuarto del siglo XVI, o sea 8 años después del establecimiento de la vía marítima de retorno señalada por Urdaneta. De esta manera, poco a poco la lencería, pimienta, especiería, seda y ropas de China fueron los artículos que mayormente gozaron de copiosa demanda en el mercado novohispano (*Arcila Farías, op cit, I: 43*), al punto que una regulación fechada en el año 1720 declaraba: "...la mercancía de China es el vestido ordinario de los nativos de la Nueva España. . ." (*Castelló, op cit: 28*).

Cabe subrayar que la flota representaba, aparte del abastecimiento de artículos que el virreinato no producía, oportunidades para negocios excelentes y trabajo para millares de arrieros que hacían el transporte de los fardos (*Arcila Farías, op cit, I: 79*), ya que estrechamente relacionada con la feria de Acapulco, y en general con el comercio de la

Nueva España, se encontraba la organización de la arriería, uno de los pocos medios de transporte terrestre usados durante la Colonia; en consecuencia, toda la mercancía llegada tanto a este puerto como al de Veracruz, era trasladada a lomo de mula (*Ibid: 107*), o bien, a la manera que describió una cronista: “. . .usan carretas como en España, de las cuales muchas en esta ciudad (Puebla), y es cosa muy de verlas que cada día entran cargadas unas de trigo, otras de maíz. . . las que vienen del puerto (Veracruz), traen mercaderías y a la vuelta llevan bastimentos y provisiones para los navíos. . .” (*Benavente, 1967: 247*). Es interesante mencionar que hasta finales del siglo XVII todos los caminos de la Nueva España eran de herradura, y que fue bajo el gobierno del virrey Antonio María de Bucareli y Urzúa —del 21 de septiembre de 1771 al 9 de abril de 1779— cuando se inició la construcción de caminos adecuados al tránsito de carruajes (*Alessio Robles, op cit: 178*).

Finalmente, resaltaremos 2 importantes aspectos; por un lado, la comunicación marítima entre la Nueva España y Manila tuvo su fin en el año 1815, en el que se notificó al gobernador de las Filipinas que el rey Fernando VII había aprobado el decreto de las Cortes Generales de 1813, por medio del cual se suprimían los viajes de las naos (*Cruz, op cit: 8*), puesto que se enunció: “*Deseando el Rey proporcionar todos los medios posibles a la prosperidad y fomento de esas Islas y en vista de lo que ha hecho presente su Diputado Don Ventura de los Reyes, se ha servido S.M. aprobar sus partes del decreto de las llamadas Cortes extraordinarias del 14 de septiembre de 1813 por lo cual determinaron que quedase suprimida la nao de Acapulco, dejando a esos habitantes en libertad de hacer su comercio en buques particulares*” (*Garabana, op cit: 68*). Por otro lado, el exclusivismo comercial impuesto por la Metrópoli a sus colonias tuvo su fin hacia el año 1789, en el que la Nueva España ingresó definitivamente al régimen del libre comercio (*Arcila Farías, op cit, I: 135*). En tal virtud, por el año 1797 se habilitó al puerto de San Blas —en el actual Estado de Nayarit— para traficar con España, sus colonias y el extranjero, dado las mercancías que llegaban libres de pago de derechos reales y municipales (*Garabana, op cit: 65*). Así, franqueado entonces el comercio novohispano a otras naciones, en el año 1799 arribaron al puerto de Veracruz 30 naves de diversas procedencias, 25 norteamericanas, 2 francesas, 1 dinamarquesa y 2 alemanas (*Arcila Farías, op cit, I: 147*), con lo cual fue creciendo la deman-

da por diversos artículos europeos, entre ellos la cerámica.

3. Descripción del material

Porcelana Ming

Pasta: color blanco lechoso, traslúcido, grano muy fino. Cocimiento bueno.

Técnica de manufactura: torneado, doble cocción, la segunda quizá a más de 1400°C.

Acabado de superficie: vitrificado.

Tipo de decoración: pintada sobre la superficie postprimera cocción.

Color de la decoración: azul, verde, rojo, dorado.

Tipo de colorante: óxido metálico.

Tipo de diseño: naturalista, motivos zoomorfos, fitomorfos, mixtos.

Ubicación del diseño: exterior, interior, en el fondo, cubriendo la superficie, mixtos.

Formas: plato, tazón, tabor.

Cronología: de 1573 a 1644.

Figuras: 1—4.

Observaciones: ciertos ejemplares presentan adherencias de arena en su base (*Fig 5—6*), característica del tipo denominado *Swatow*. De igual modo, la *Fig 7* muestra algunos de sus elementos decorativos. Probablemente estas piezas no provienen de la fábrica de Ching—te—chen, sino de alguna factoría provisional aún no esclarecida. Por otro lado, en la *Fig 9* puede observarse ciertas marcas de fabricación pintadas en el asiento de algunos ejemplares, las cuales no han sido dilucidadas. Asimismo, es propio denotar que en la ciudad de México existen diversas colecciones en museos o particulares, desafortunadamente poco estudiadas.

Porcelana Ch'ing

Pasta: color blanco lechoso, traslúcido, grano muy fino. Cocimiento bueno.

Técnica de manufactura: torneado, doble cocción, la segunda quizá a más de 1400°C.

Acabado de superficie: vitrificado.

Tipo de decoración: pintada sobre la superficie postprimera cocción.

Color de la decoración: azul, verde, rojo, morado, negro, dorado.

Tipo de colorante: óxido metálico.

Tipo de diseño: naturalistas, motivos zoomorfos, fitomorfos, mixtos.

Ubicación del diseño: exterior, interior, cubriendo la superficie, mixtos.

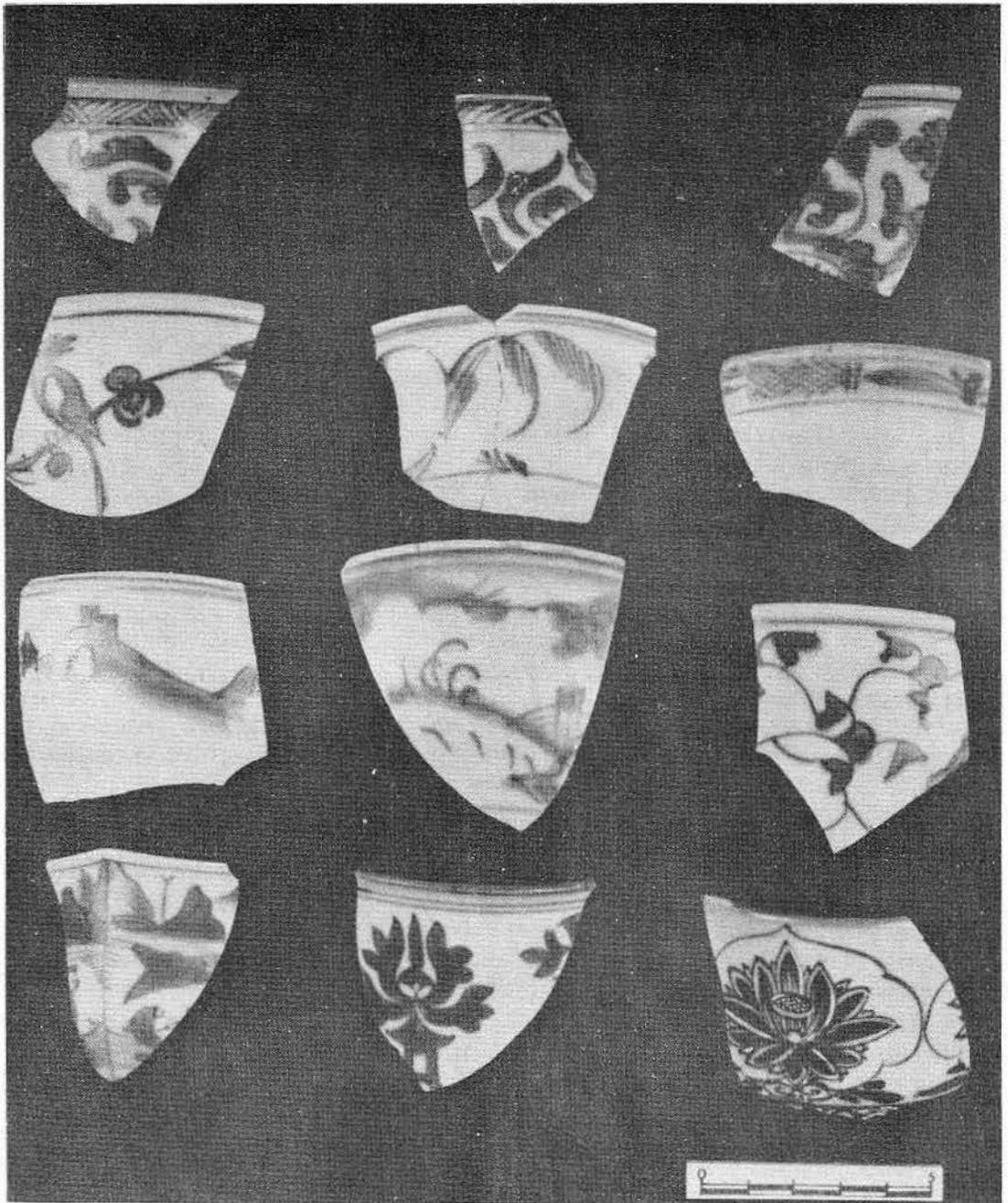
Formas: plato, tazón, tabor.

Cronología: de 1644 a principios del siglo XIX.

Figuras: 8-12.

Observaciones: como hemos registrado, esta cerámica dejó de importarse a la Nueva España por la interrupción del comercio con las islas Filipinas, decretado hacia el primer cuarto del siglo XIX.

Fig 1. Porcelana Ming tardío, principios del siglo XVIII.
Decoración exterior.



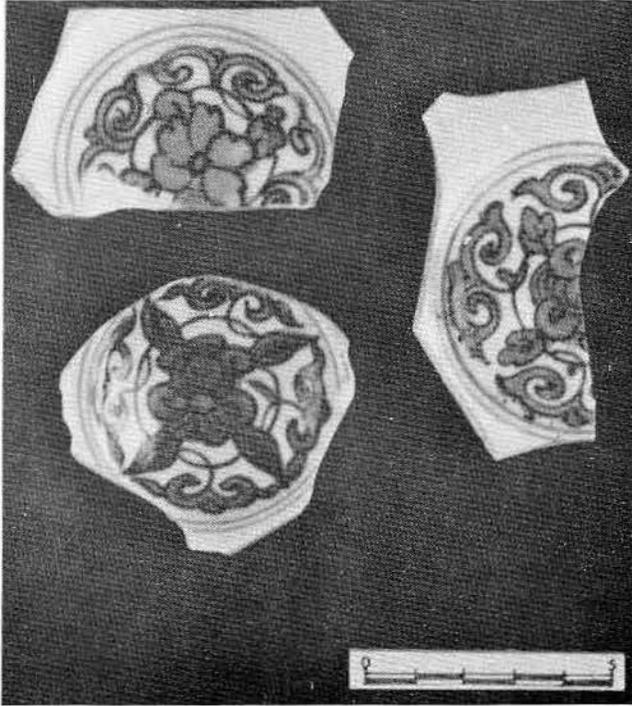


Fig 2. Porcelana Ming tardío, fines del siglo XVI. Decoración interior.

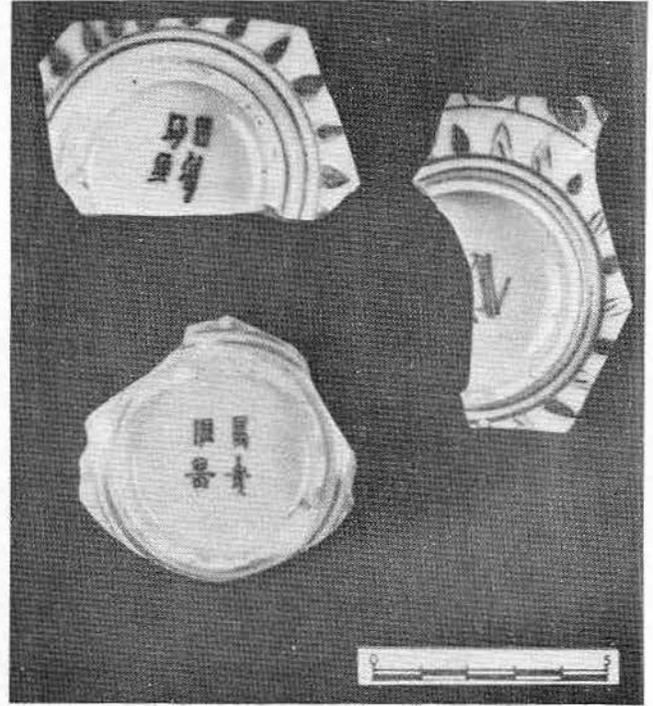


Fig 3. Porcelana Ming tardío, fines del siglo XVI. Las marcas pintadas en el asiento posiblemente representen el monograma de fabricación.

Fig 4. Porcelana Ming tardío, principios del siglo XVII. Decoración interior.

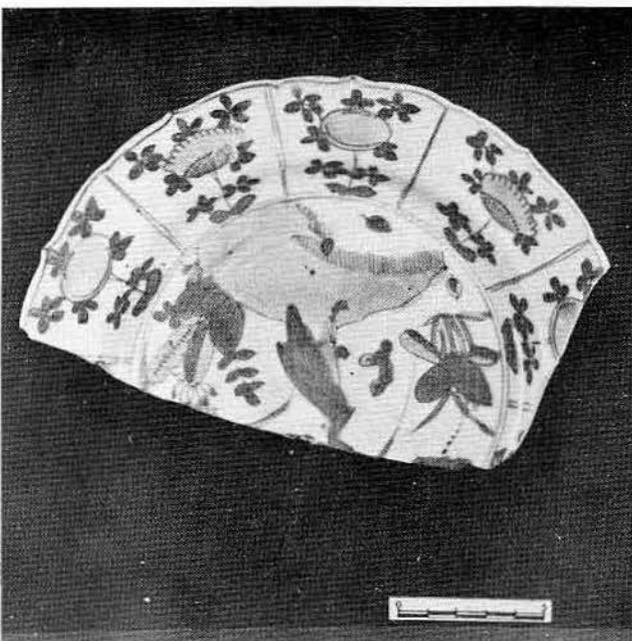
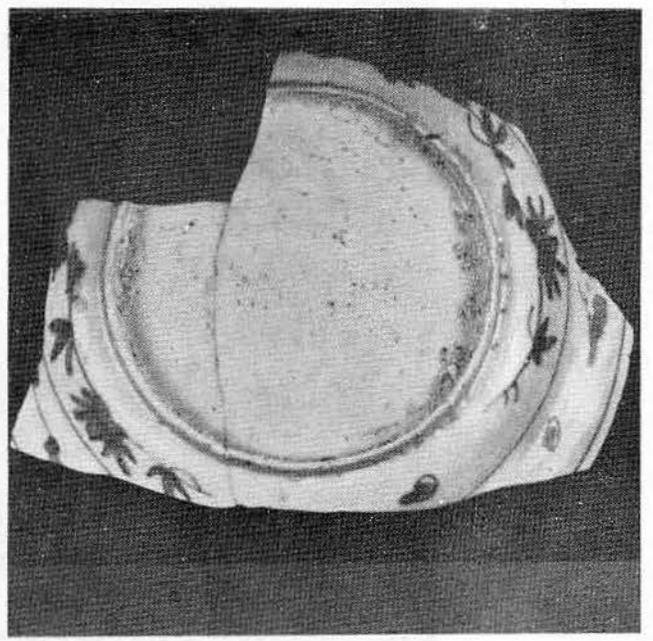


Fig 5. Porcelana Ming. Tipo denominado Swatow, caracterizado por las adherencias de arena en la base de las piezas.



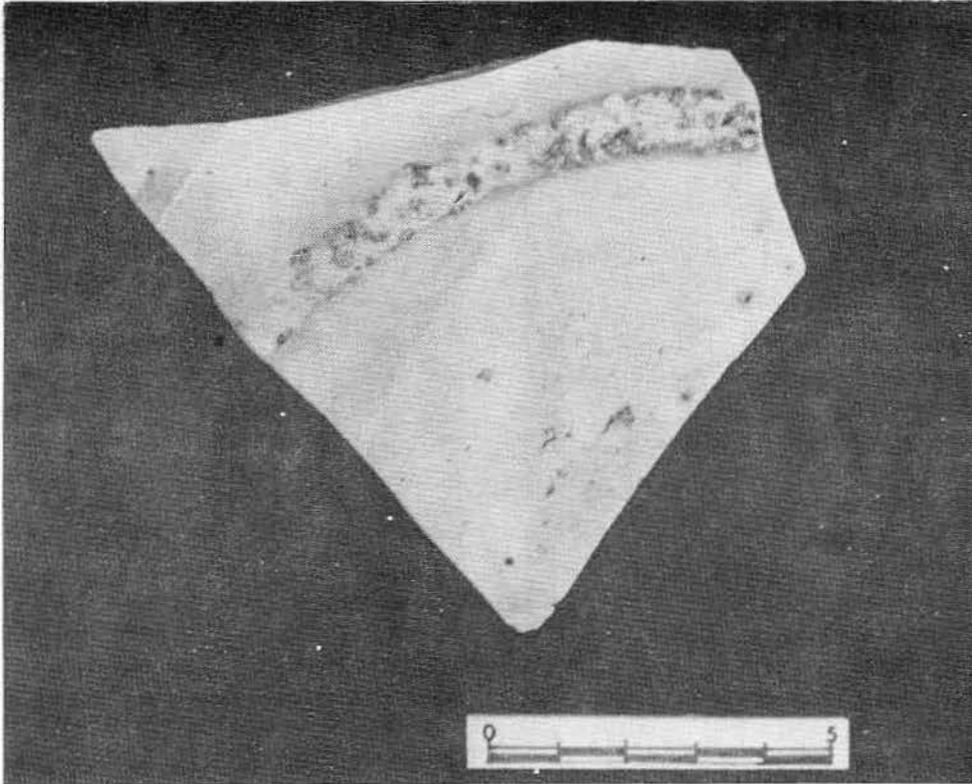
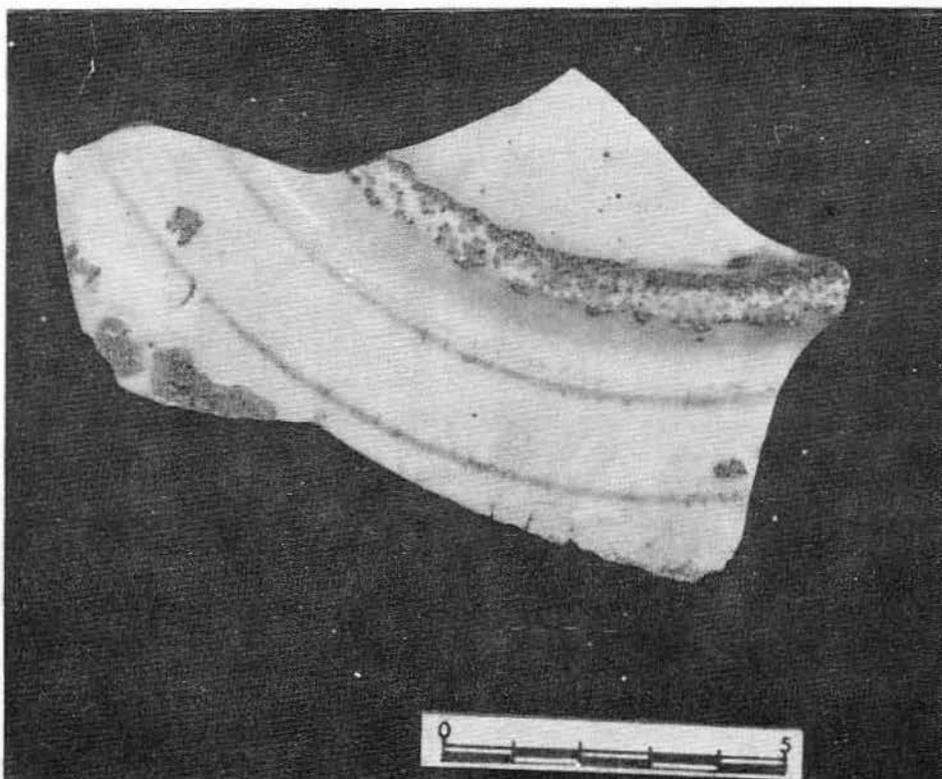


Fig 6. *Porcelana Ming, tipo Swatow, principios del siglo XVII.*



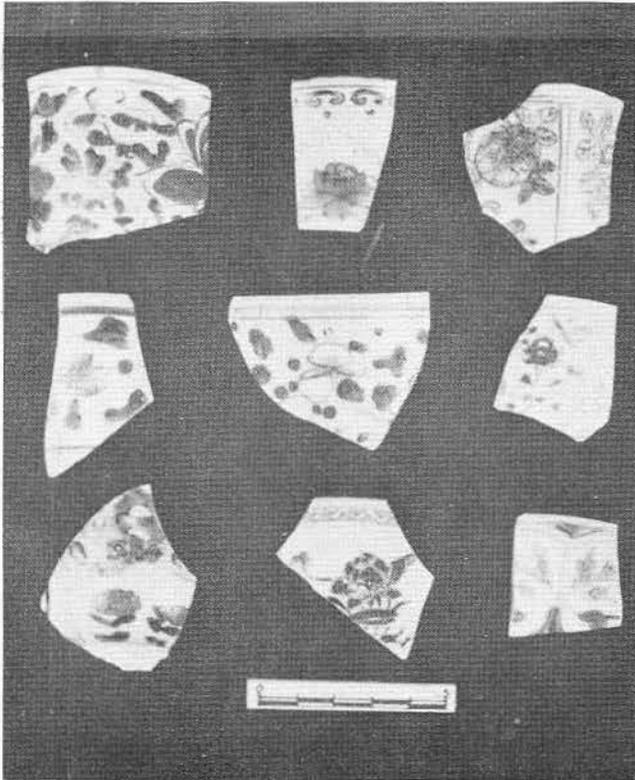


Fig 7. *Decoración interior en ejemplares del tipo Swatow, principios del siglo XVII.*

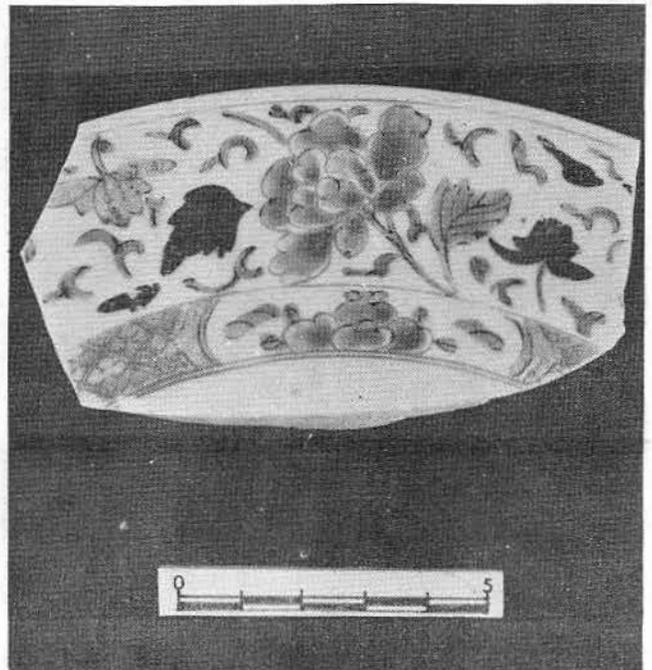


Fig 8. *Porcelana Ch'ing. Decoración exterior.*

Fig 9. *Monogramas de fabricación pintados en el asiento de algunos ejemplares Ming.*



Fig 10. *Porcelana Ch'ing, principios del siglo XVIII. Decoración interior.*



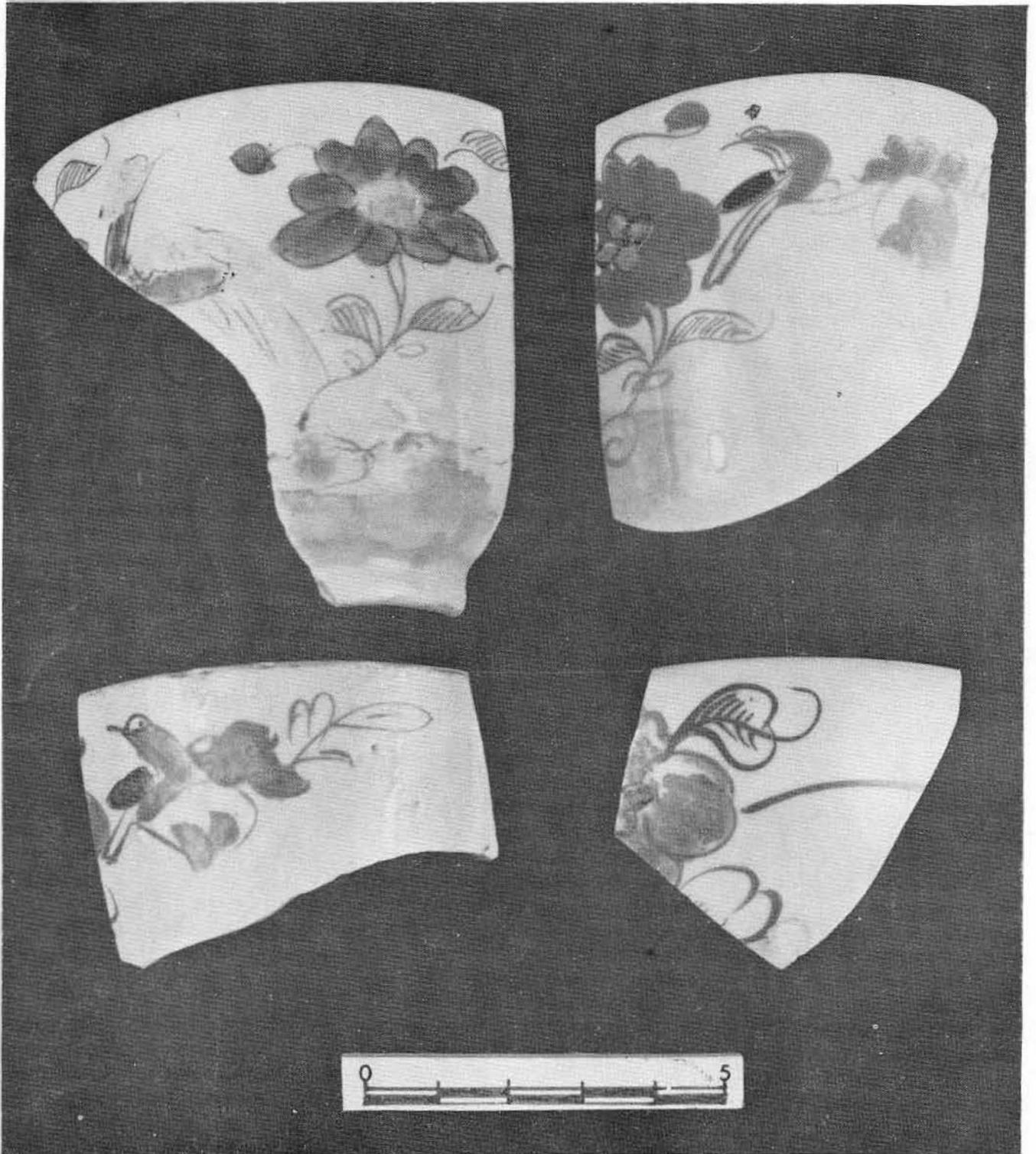


Fig 11. Porcelana Ch'ing. Decoración exterior.

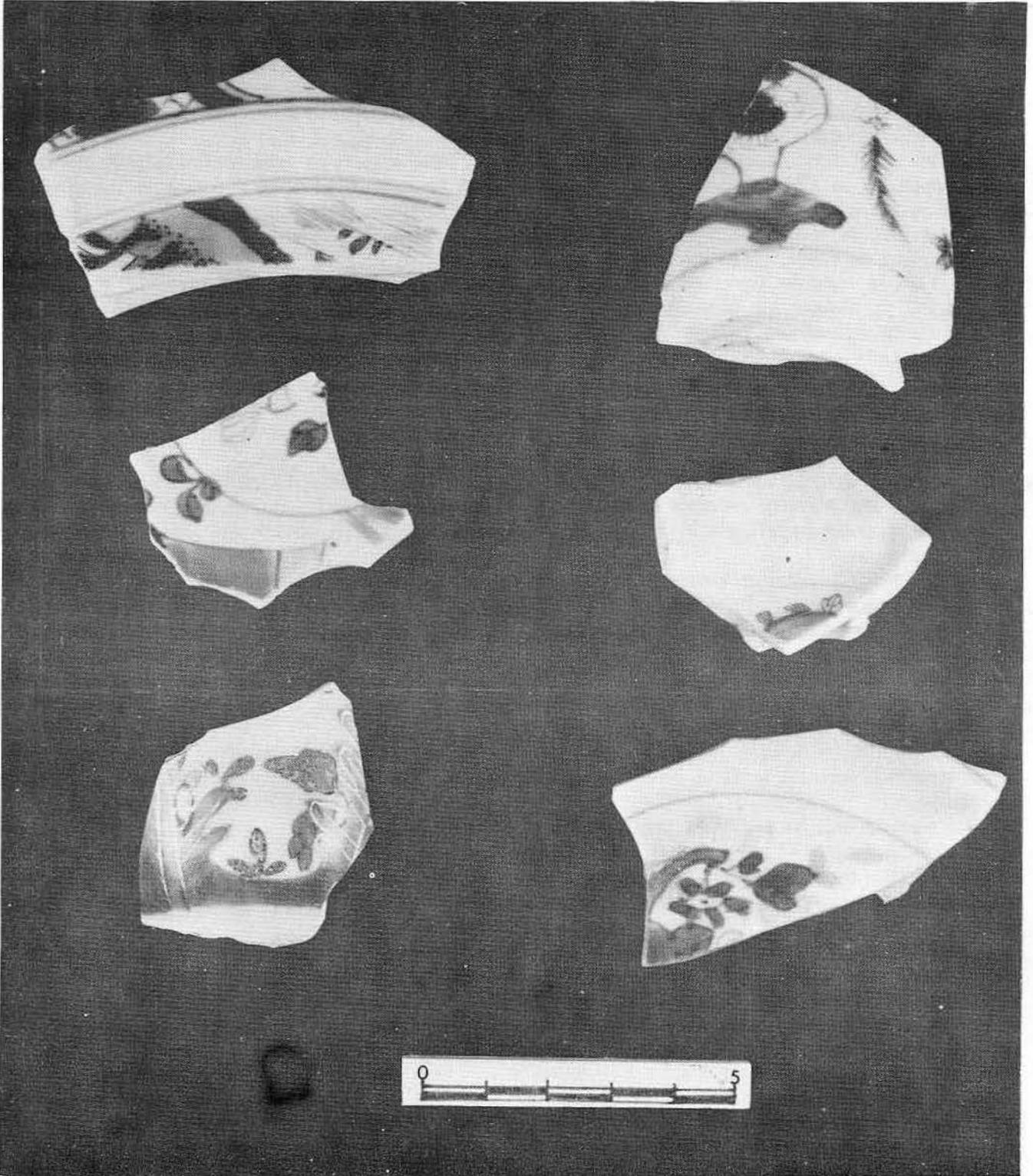


Fig 12. Decoración interior y exterior en ejemplares Ch'ing, principios del siglo XVIII.

RESUMEN

Se han distinguido principalmente 2 grandes grupos de porcelana, en base a la composición de pasta y a la temperatura de cocción.

Las piezas orientales pertenecen al grupo denominado "de pasta dura"; por el contrario, la porcelana europea, en su gran mayoría, queda incluida en la "de pasta blanda".

La técnica de manufactura de esta cerámica tuvo su origen en China, y en particular fue desarrollada bajo la dinastía T'ang, es decir, hacia el siglo IX dC, en vinculación al descubrimiento de yacimientos caolínicos.

La demanda de estos productos fue rebasando los límites de China, al punto que desde fines del siglo XIII dC comenzó a exportarse al Cercano Oriente.

A raíz del nexo comercial establecido por los portugueses con Oriente, desde principios del siglo XVI surgieron los primeros encargos de vajillas decoradas con insignias enviadas por el solicitante a las fábricas chinas.

Paulatinamente, otras naciones europeas incrementaron la importación de porcelana china y japonesa, llegando a su máximo apogeo hacia mediados del siglo XVIII.

Algunas piezas florentinas del siglo XVI se vieron influidas por elementos decorativos Ming, e incluso, ciertas mayólicas de Portugal, España y Holanda, elaboradas en el siglo XVII, mostraron un fuerte repertorio oriental, tanto en formas como en decoración.

La manufactura de porcelana en Europa fue lograda hasta el siglo XVIII, y con el surgimiento de la Revolución Industrial se logró una producción realmente masiva, misma que pronto acaparó mercados internacionales.

Así, fueron observables ciertos fenómenos de competencia y consumo, característicos de sociedades con incipiente capitalismo, que redundaron en el descenso de la importación de cerámica oriental.

Los monogramas o inscripciones de fabricación, tanto de la porcelana europea como de la oriental, representan una ayuda para los estudios arqueológicos, puesto que pueden fungir a modo de marcadores dado su significado espacio-temporal.

Al presente, no sabemos con certeza la difusión de la cerámica oriental por el amplio territorio novohispano, lo cual requiere una constatación arqueológica en lo futuro.

El exclusivismo comercial sostenido por la monarquía española con sus colonias, no afectó el intercambio directo entre la Nueva España y las islas Filipinas. De esta manera, el primer galeón con mercaderías orientales arribó a costas novohispanas a finales del siglo XVI.

Los españoles encontraron explotable el comercio establecido de larga data entre los naturales de Filipinas con el sudeste de Asia; también aprovecharon la ya existente ciudad de Manila para impulsarlo hacia la Metrópoli, tomando como paso a la Nueva España.

El puerto de Acapulco se eligió como la terminal americana de la ruta de retorno. La línea de navegación entre Manila y este puerto se empleó casi sin variación durante 3 centurias, quizá por ello otros archipiélagos del Océano Pacífico no fueron colonizados por españoles, sino por otras naciones europeas.

El vehículo comercial que mantuvo la Nueva España con Oriente, por medio del galeón de Filipinas, se reflejó no sólo en algunas decoraciones "chinescas" de la loza poblana y ciertas formas como el tabor —las cuales no han sido suficientemente estudiadas—, sino también en otras manifestaciones culturales, por ejemplo, escultura, lacas, construcciones llamadas "riscos", e incluso uno de los principales mercados de la ciudad de México, fue llamado Parián, en semejanza al de Manila.

Las influencias culturales de la Nueva España en las islas Filipinas aún quedan por esclarecer, pues ese archipiélago dependió más de ésta que de la Metrópoli.

La porcelana oriental fue considerada en el virreinato como símbolo de buena posición social. De tal manera, probablemente sólo estuvo al alcance de los estratos más altos de la sociedad novohispana, y quizá rara vez fue usada por las diversas castas. Además, la función de dicha cerámica no fue de preparación de alimentos, sino que eminentemente se le destinó a la contención de éstos, o bien, de ornamentación.

Dentro del material oriental de la ciudad de México, sólo fue posible distinguir ejemplares decorados con azul de cobalto y polícromos; no sabemos si también fue conocida la porcelana "celadón" o la llamada "sangre de buey". Asimismo, queda por esclarecer si fue exportada la *Ko Imari*, de manufactura japonesa.

La cronología de estos ejemplares comprende desde el último cuarto del siglo XVI hasta mediados

del XIX, o sea, las postrimerías de la dinastía Ming reuniones periódicas para mercaderes de profesión, y gran parte de la dinastía Ch'ing. Así, futuras investigaciones podrán dilucidar con certeza bajo cuál emperador en particular fue elaborada esta cerámica arqueológica.

Con el arribo del galeón al puerto de Acapulco se inauguraba la "feria", nombre dado a la venta de mercancías, a la cual acudían elevado número de comerciantes, tanto locales como foráneos. La estructura de esta celebración presentó algunas semejanzas con las ferias medievales de Europa, es decir,

intercambio al mayoreo, radio de atracción fuera de consideraciones locales, concentración de hombres y productos. Por ello fue celebrada sólo una vez cada año.

Debido a la considerable inversión que implicaba el cargamento de las naos, el naufragio o pérdida de una de ellas significaba un desequilibrio económico para los mercaderes de Manila y Nueva España.

El cargamento de las naos abasteció al virreinato de artículos que no producía; ofreció oportunidad para considerables negocios y trabajo para millares de arrieros.

BIBLIOGRAFIA

ALESSIO ROBLES, VITO

1948 *Acapulco en la historia y en la leyenda*. Edit Botas, México.

ARCILA FARIAS, EDUARDO

1974 *Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva España*. Secretaría de Educación Pública, 2 Vol, México.

BARBER, EDWIN A

1908 *The maiolica of México*. Museum of Philadelphia.

BENAVENTE, TORIBIO DE

1967 *Historia General de los Indios de la Nueva España*. Edit Nacional, México.

BOULAY, ANTHONY DU

1973 *Chinese Porcelain*. Octopus Books, London.

CARRERA STAMPA, MANUEL

1953 "Las ferias novohispanas", *Historia Mexicana*, Vol II: 3, El Colegio de México, México.

1955 "La feria de Xalapa". *Universidad Veracruzana*, Año IV, Núm 2, p 64, Jalapa.

CASTELLO YTURBIDE, TERESA y MARITA MARTINEZ DEL RIO

1970 *Bimbos mexicanos*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

CERVANTES, ENRIQUE A

1939 *Loza blanca y azulejo de Puebla*, 2 Vol, México.

CRUZ, SANTIAGO F

1962 *La Nao de China*. Edit Jus, México.

1964 *Relaciones diplomáticas entre Nueva España y Japón*. Edit Jus, México.

CHACE, PAUL

- 1969 "The Archaeology of Ciénaga, the Oldest Historical Structure on the Irvine Ranch", *Pacific Coast Archaeological Society, Quarterly*, Vol 5, Núm 3, p 39-55, USA.

CHAVEZ OROZCO, LUIS

- 1967 *El contrabando y el comercio exterior en la Nueva España*. Banco Nacional del Comercio Exterior, México.

GARABANA, ANTONIO F

- 1971 "El comercio del Oriente en la provincia mexicana", *Artes de México*, Año XVIII, Núm 143, p 65-68, México.

GOGGIN, JOHN M

- 1968 *Spanish maiolica in the New World*. Publication in Anthropology, Núm 72, Yale University.

GUIJO, GREGORIO M

- 1953 *Diario (1648-1664)*. Edit Porrúa, 2 Vol, México.

HENRISSE, PAUL

- 1972 *Los orígenes del capitalismo*. Fondo de Cultura Económica, México.

HOFFMANN, CARLOS C

- 1922 "Verdades y errores de la talavera poblana", *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, T 40, p 613-630, México.

MASSARA, FELIPE

- 1972 *La técnica de la cerámica*. Edit De Vecchi, Barcelona.

MAYER, BRANTZ

- 1953 *México, lo que fue y lo que es*. Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica, Núm 23, México.

NOVO, SALVADOR

- 1974 *Seis siglos en la ciudad de México*. Fondo de Cultura Económica, México.

OBREGON, GONZALO

- 1971 "El aspecto artístico del comercio con Filipinas", *Artes de México*, Año XVIII, Núm 143, p 74-97, México.

PIRENNE, HENRI

- 1970 *Historia económica y social de la Edad Media*. Fondo de Cultura Económica, México.

ROBLES, ANTONIO DE

- 1972 *Diario de sucesos notables (1665-1703)*. Edit Porrúa, 3 Vol, México.

ROMERO DE TERREROS, MANUEL

- 1937 *Cosas que fueron*. Imprenta de J I Muñoz, México.
1943 *El Conde de Regla*. Xóchitl Ed, México.

ROURA, FELIPE

- s/f *Lozas, porcelanas y esmaltes*. Edit Sintes, Barcelona.

ROXAS LIM, AURORA

- 1966 "Chinese pottery as basis for study of Philippines", *The Chinese in the Philippines (1570-1770)*, Vol 1, p 229-236. Solidaridad Publishing House, Manila.

SAVAGE, GEORGE

- 1969 *Porcelain through the Ages*. Penguin Books, England.

SERRANO LOPEZ, N

- s/f *Cerámica*. Edit Miñón, Madrid.

TAIT, HUGH

- 1966 *Porcelain*. Spring Books, London.

TRUBNER, HENRY

- 1972 *Ceramic art of Japan*. Seattle art Museum, Seattle, Washington.